

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LAS CIENCIAS DEL LENGUAJE

Oswald Ducrot Tzvetan Todorov



Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje

por

Oswald Ducrot
Tzvetan Todorov

XXI *siglo veintiuno argentina editores, sa*

EL TEXTO

La **lingüística** limita la frase al objeto de su investigación; en un caso extremo, como es el de Saussure, el ámbito que la lingüística se autoriza a conocer no va más allá del sintagma o la palabra. La **retórica** clásica quiso codificar las reglas de construcción del discurso, pero tanto su intención normativa como su negligencia respecto de las formas verbales concretas hicieron que su herencia contenga pocas enseñanzas utilizables. Después la **estilística**, en la tradición de Bally, se interesó más en la interpenetración del enunciado y la enunciación que en la organización del enunciado mismo. De todo ello ha resultado un vacío en la *teoría del texto* que no han logrado llenar observaciones aisladas provenientes de los estudios literarios.

La noción de **texto** no se sitúa en el mismo plano que la de la frase (o la proposición, el sintagma, etc.); en este sentido, el texto debe distinguirse del **parágrafo**, unidad tipográfica de varias frases. *El texto puede coincidir con una frase o con un libro entero*: se define por su **autonomía** y por su **clausura** (aunque en otro sentido algunos textos no sean “cerrados”): constituye un **sistema** que no debe identificarse con el sistema lingüístico, sino relacionado con él: se trata de una relación a la vez de **continuidad** y de **semejanza**. En términos hjelmslevianos, el texto es un sistema *connotativo*, ya que es **segundo** con respecto a otro sistema de significación. Si en la frase verbal se distinguen sus componentes fonológico, sintáctico y semántico, se distinguirán otros tantos en el texto, pero esto no significa que sus componentes estén situados en el mismo plano. Así, a propósito del texto se hablará de su **aspecto verbal**, constituido por *todos los elementos propiamente lingüísticos* de las frases que lo componen (fonológicos, gramaticales, etc.); del **aspecto sintáctico**, que no se refiere a la sintaxis de las frases, sino a las relaciones entre *unidades textuales* (frases, grupos de frases, etc.); del **aspecto semántico**, producto complejo del contenido semántico de las unidades lingüísticas. Cada uno de estos aspectos tiene su propia problemática y fundamenta uno de los grandes tipos de análisis del texto: **análisis retórico, narrativo y temático**.

LOS CONCEPTOS DESCRIPTIVOS

Notemos ante todo que el estudio global del texto así encarado no se reduce a lo que algunos representantes de la lingüística distribucional [48 y s.] llamaron el **análisis del discurso** (Z. Harris y sus alumnos) y cuyo método consiste en fragmentar el texto en elementos (habitualmente tienen la dimensión de uno o varios sintagmas) que se agrupan en *clases de equivalencia*: una clase está constituida por los elementos que pueden aparecer en un contexto idéntico o semejante; por consiguiente, poco importa en esta perspectiva que los elementos equivalentes tengan o no el mismo sentido. Algunas frases (que comportan elementos equivalentes y elementos no equivalentes) serán descritas, así, como situadas en relaciones mutuas de transformación [noción que debe distinguirse de las transformaciones generativistas y de las transformaciones discursivas]. Investigaciones paralelas se llevaron a cabo en cuanto a los elementos de la frase que contienen una referencia a la frase precedente: el artículo, los pronombres, etcétera [323 y ss.].

Los aspectos *semántico* y *verbal* de un texto presentan problemas que deben estudiarse en su propio contexto [256 y ss.] [345 y ss.] [370 y ss.]. Señalemos tan sólo que uno de los raros análisis consagrados al aspecto semántico del texto se sitúa en la perspectiva de la *tagmémica* [53]. A. J. Becker analiza discursos del tipo “exposición” y distingue dos esquemas básicos: tema-restricción-ilustración y problema-solución. Cada uno de ellos puede modificarse con ayuda de operaciones tales como la supresión, la permutación, la adición y la combinación; pueden repetirse o alternarse.

En las páginas siguientes nos limitaremos al estudio del aspecto sintáctico del texto.

Antes de abordar este análisis, observemos que desde hace algunos años, en Francia, existen investigadores que se sitúan en una perspectiva semiótica (J. Kristeva) y procuran elaborar una teoría global del texto donde esta noción recibe un sentido más específico y no puede aplicarse a toda serie organizada de frases [397].

→ Z. Harris, *Discourse Analysis Reprints*, La Haya, 1963; J. Dubois y J. Sumpf (ed.), *L'Analyse du discours (Langages, 13)*, Paris, 1969; W. O. Hendricks, “On the Notion ‘Beyond the Sentence’”, *Linguistics*, 1967, 37, pp. 12-51; R. Harweg, *Pronomina und Tekonstitution*, Munich, 1968; E. U. Grosse (ed.), *Strukturelle Textsemantik*, Freiburg, 1969; *Probleme der semantischen Analyse literarischer Texte*, Karlsruhe, 1970; A. L. Becker, “A Tagmemic Approach to Paragraph Analysis”, en *The Sentence and the Paragraph*, Champaign, 1966; T. Todorov, “Conocimiento del habla”, en *Estructuralismo y literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970; J. Kristeva, *Semiotikè*, Paris, 1969.

El estudio del aspecto sintáctico se basa sobre el **análisis proposicional**, para el cual se reduce el discurso a *proposiciones lógicas*.
Bremond, próxima clase

mente simples, constituidas por un agente (sujeto) y un predicado, o por varios agentes (por ejemplo sujeto y objeto) y un predicado, según el modelo proposicional que se siga. La presencia de dos predicados —que pueden ser tanto atributos como verbos— supone la presencia de dos proposiciones. Así la frase “El niño llora” no es más que una forma lingüística, amalgama, desde el punto de vista lógico, de dos proposiciones sucesivas: “X es niño” y “X llora”. La proposición corresponde a lo que J. Dubois llama la frase mínima. A partir de estos puntos, pueden estudiarse las relaciones que se establecen entre proposiciones.

Estas relaciones pueden ser de tres tipos, que definen tres órdenes del texto (a menudo presentes en el interior de un mismo texto). El orden lógico reúne todas las relaciones lógicas entre proposiciones: causalidad; disyunción; conjunción; exclusión; inclusión. La causalidad, muy frecuente en los relatos, no es una noción simple, por lo demás; reúne las condiciones de existencia, las consecuencias, las motivaciones, etc. Relaciones tales como la inclusión son particularmente frecuentes en el discurso didáctico (la regla-el ejemplo).

El orden temporal se constituye por la sucesión de los hechos evocados por el discurso; por consiguiente, sólo estará presente en el caso de un discurso referencial (representativo) que tenga en cuenta la dimensión temporal, como es el caso de la historia o el relato; estará ausente tanto del discurso no representativo (por ejemplo, la poesía lírica) como del discurso descriptivo (por ejemplo, el estudio sociológico sincrónico). Algunos tipos de texto, como el diario de a bordo, el diario íntimo, la autobiografía (o la biografía) están dominados por el orden temporal.

Se hablará, por fin, de orden espacial cuando la relación entre proposiciones no es lógica ni temporal, sino de semejanza o semejanza, tipo de relación que al mismo tiempo crea un “espacio”. El ritmo poético es un ejemplo de orden espacial.

→ E. Muir, *The Structure of the Novel*, London, 1928; R. Jakobson, “Poetry of Grammar and Grammar of Poetry”, *Lingua*, 1968, pp. 597-609; J. Dubois, *Grammaire structurale du français: la phrase et les transformations*, Paris, 1969; T. Todorov, “Poética”, en O. Ducrot y otros. *¿Qué es el estructuralismo?*, Buenos Aires, Losada, 1971; T. Todorov, *Grammaire du Décaméron*, La Haya, 1969.

EL CASO DEL RELATO

Los grupos de más de una proposición sólo han sido estudiados en un tipo de discurso: el relato, que trataremos con cierta exten-

LOS CONCEPTOS DESCRIPTIVOS

sión. El relato es un *texto referencial con temporalidad representada*. La unidad superior a la proposición que se distingue en los relatos es la **secuencia**, constituida por un grupo de al menos tres proposiciones. Los actuales análisis del relato, que se inspiran en el examen hecho por Propp de los cuentos populares y por Lévi-Strauss de los mitos, coinciden en identificar, en todo relato mínimo, *dos atributos* de un agente por lo menos, relacionados pero diferentes, y un *proceso de transformación* o de *mediación* que permite el paso de uno a otro. Se ha procurado especificar esta matriz general de varias maneras diferentes:

1. E. Köngäs y P. Maranda clasifican los relatos según el *resultado* a que llega el proceso de mediación. Distinguen cuatro subespecies: 1) Ausencia de mediador; 2) Fracaso del mediador; 3) Éxito del mediador: anulación de la tensión inicial; 4) Éxito del mediador: inversión de la tensión inicial. Algunas investigaciones etnológicas parecen probar que estas subespecies están repartidas en áreas geográficas diferentes.

2. Claude Brémond se basa, en su tipología de las secuencias narrativas, sobre *los diferentes recursos mediante los cuales se realiza una mediación que en sí misma no cambia*. Ante todo se opondrán proceso de mejoramiento y proceso de degradación, según se pase de un estado insatisfactorio a un estado satisfactorio (para el personaje) o a la inversa. Los procesos de mejoramiento, a su vez, se subdividen en: cumplimiento de una tarea por el héroe y recepción de una ayuda por parte de un aliado. Para distinguir, en un tiempo ulterior, entre los diferentes cumplimientos de la tarea, se toman en cuenta los siguientes factores: 1) el momento de la cronología narrativa, en que el héroe adquiere los medios que le permiten cumplir su misión; 2) la estructura interna del acto de adquisición; 3) las relaciones entre el héroe y el antiguo poseedor de esos medios. Llevando aún más lejos la especificación (que nunca es una enumeración lisa y llana, sino el hallazgo de posibilidades estructurales de la intriga), se llega a caracterizar con mucha precisión la organización de cada relato particular.

3. Es igualmente posible especificar no ya los diferentes recursos que sirven para la mediación, sino *la naturaleza misma de la mediación*. Al principio, los análisis del relato procuraron descubrir en este ámbito una inversión de lo positivo a lo negativo, o a la inversa. Sin embargo, pueden observarse muchas otras transformaciones: se pasa de la obligación o del deseo al acto, de la ignorancia al conocimiento, del conocimiento a su enunciación, del acto a su valoración, etc. [333 y ss.]. Por otro lado, el desarrollo de las secuencias

se hace no sólo mediante la subdivisión, sino también mediante la *adición* de proposiciones facultativas.

La combinación de varias secuencias se presta fácilmente a una tipología formal. Los casos siguientes son posibles: **encadenamiento**, cuando las secuencias se disponen en el orden 1-2; **enclave**: orden 1-2-1; **entrelazamiento** (o **alternancia**): orden 1-2-1-2. Estos tres tipos fundamentales a su vez pueden combinarse entre sí o con otras instancias del mismo tipo. El encadenamiento global de las secuencias en el interior de un texto produce la **intriga**; esta noción suele aplicarse exclusivamente a textos dominados por el orden causal.

Estos análisis tienen el mérito de ser explícitos y sistemáticos, pero corren siempre el peligro de caer en la mayor generalidad. Se advertirá mejor el contraste con las tendencias más tradicionales de los estudios literarios confrontándolos con una clasificación que resume un buen número de trabajos anteriores y que refleja la variedad de problemas que se plantean al futuro "narratólogo". Esta clasificación, debida a N. Friedmann, es el ejemplo característico de un trabajo formal descriptivo aún no teorizado.

La clasificación de Friedmann se basa sobre algunas oposiciones binarias o ternarias: 1) acción-personajes-pensamiento: lo que se encuentra en la *Poética* de Aristóteles; 2) héroe simpático o antipático al lector; 3) una acción que el sujeto ejecuta de manera absolutamente responsable y una acción que el sujeto padece; 4) el mejoramiento y la degradación de una situación...

1. *Intrigas de destino.*

1. *Intriga de acción.* El único problema que se plantea al lector es el siguiente: ¿Qué ocurre a continuación? La intriga se organiza en torno a un problema y su solución: atrapar un bandido, descubrir al asesino, encontrar un tesoro, llegar a otro planeta. Es muy frecuente en la *literatura de masas*. Ejemplo: *La isla del tesoro*, de Stevenson.

2. *Intriga melodramática.* Una serie de infortunios abruma a un héroe simpático pero débil, que no las ha merecido. El relato termina en la desdicha y provoca la piedad del lector. Esta intriga es frecuente en la novela naturalista del siglo XIX. Ejemplo: *Tess d'Urbervilles*, de Hardy.

3. *Intriga trágica.* El héroe, siempre simpático, es en cierto modo responsable de su desdicha: pero sólo lo descubre demasiado tarde. El lector pasa entonces por la *catharsis*. Ejemplos: *Edipo Rey*, *El rey Lear*.

4. *Intriga de castigo.* El héroe no cuenta con la simpatía del lec-

LOS CONCEPTOS DESCRIPTIVOS

tor, aunque éste admire algunas de sus cualidades, a menudo "satánicas". Ejemplo: *Tartufo*.

5. *Intriga cinica*. Esta clase no aparece mencionada por Friedmann, pero surge lógicamente de sus categorías: un personaje central "perverso" triunfa al fin, en lugar de ser castigado. Ejemplo: *Fantomas*.

6. *Intriga sentimental*. Es lo opuesto de la intriga melodramática: el héroe, simpático y a menudo débil, atraviesa una serie de desdichas, pero al fin triunfa.

7. *Intriga apologética*. Forma pareja con la intriga trágica: el héroe, fuerte y responsable de sus actos, atraviesa una serie de peligros, pero al fin los vence. El lector siente por él respeto y admiración.

2. *Intrigas de personaje*.

1. *Intrigas de maduración*. El héroe es simpático, pero sin experiencia o candoroso; los acontecimientos le permiten madurar. Ejemplo: *El retrato del artista*, de Joyce.

2. *Intrigas de recuperación*. Como en el caso anterior, el héroe simpático cambia en sentido positivo. Pero esta vez él mismo es responsable de las desdichas que le ocurren. Por consiguiente, durante una parte de la historia, el lector le niega su compasión. Ejemplo: *La letra escarlata*, de Hawthorne.

3. *Intriga de prueba*. Un personaje simpático es sometido a una prueba en circunstancias particularmente difíciles y no sabemos si podrá resistir o será obligado a abandonar sus ideales. Con frecuencia se realiza la primera posibilidad.

4. *Intriga de degeneración*. Todas las iniciativas del héroe fracasan una tras otra. Como consecuencia de esos fracasos el héroe renuncia a sus ideales. Ejemplo: *El tío Vania*, *La gaviota*, de Chejov.

3. *Intrigas de pensamiento*.

1. *Intriga de educación*. Mejoramiento de las concepciones del héroe simpático. En esto se parece a la intriga de maduración; pero aquí el cambio psíquico no influye sobre el comportamiento del personaje. Ejemplos: *La guerra y la paz*, *Huck Finn*.

2. *Intriga de revelación*. Al principio, el héroe ignora su propia condición.

3. *Intriga afectiva*. Lo que cambia en este caso son las actitudes y las creencias del personaje, no su filosofía. Ejemplo: *Orgullo y prejuicio*, de J. Austen.

4. *Intriga de la desilusión*. Se opone a la intriga de educación; el

personaje pierde aquí sus buenos ideales y muere desesperado. Al final del libro el lector ya no simpatiza con él.

Desde luego, esta clasificación —que en realidad no es tal— muestra a las claras las dificultades de una sistematización de las intrigas. Toda intriga se basa sobre el cambio, pero son la naturaleza y el nivel del cambio lo que debe estudiarse para determinar la tipología de las intrigas.

→ V. Propp, *Morfología del cuento*, Buenos Aires, Juan Goyanarte, 1972; A. Jolles, *Formes simples*, Paris, 1972; E. Köngäs, P. Maranda, "Structural models in Folklore", *Midwest Folklore*, 1962, 3; C. Bremond, "La lógica de los posibles narrativos", en *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.; N. Friedmann, "Forms of Plot", *Journal of General Education*, 8, 1955.

Enunciación

La producción lingüística puede considerarse como una serie de frases, identificada sin referencia a una determinada aparición de esas frases (que pueden ser dichas, o transcritas con escrituras diferentes, o impresas, etc.), o como un acto en cuyo transcurso esas frases se actualizan, asumidas por un locutor particular, en circunstancias espaciales y temporales precisas. Tal es la oposición entre el **enunciado** y la situación de discurso, a veces llamada **enunciación**. Sin embargo, cuando se habla lingüísticamente de **enunciación** se toma este término en un sentido más estricto: no se entiende por él el fenómeno físico de la emisión o la recepción del habla (que pertenece al ámbito de la psicolingüística o de una de sus subdivisiones) [89], ni las modificaciones aportadas al sentido global del enunciado por la situación [375 y ss.], sino los elementos que pertenecen al código de la lengua y cuyo sentido, sin embargo, depende de factores que varían de una enunciación a otra; por ejemplo, *yo, tú, aquí, ahora*, etc. En otros términos, lo que la lingüística retiene es la huella del proceso de enunciación en el enunciado.

Los aspectos lingüísticos de la enunciación nunca han sido el centro de la atención de los lingüistas; de allí cierta vaguedad terminológica en los estudios que se les han consagrado. La categoría está muy presente en las gramáticas griegas y latinas; pero fue el semiólogo norteamericano Ch. S. Peirce quien describió por primera vez su naturaleza ambigua: se trata a la vez de *símbolos*, es decir, de signos que pertenecen al código de la lengua (*yo* es una palabra del léxico español) y de *índices*, es decir, de signos que contienen un elemento de la situación de enunciación (*yo* designa a la persona que habla en este momento, en este lugar) [105 y s.].

Con gran frecuencia los lingüistas se refieren a la enunciación con el término de *deixis*. Sin embargo, esta palabra oculta una oposición importante, como ya lo había observado K. Bühler: una parte de las formas deícticas remite a elementos anteriores del enunciado mismo (como los pronombres *él, ella, le, la*, etc.) y otra a los elementos del acto de habla (*yo, tú*, etc.); en otros términos, se confunde la *deixis anafórica* con la *deixis indicial* [323 y ss.]. Más recientemente, los trabajos de lingüistas como Jespersen, Jakobson, y

ETHOS

"la imagen de sí que construye el locutor en su discurso para ejercer una influencia sobre su interlocutor"

sobre todo Benveniste, han permitido iniciar el estudio preciso y sistemático de esos hechos.

Los primeros elementos constitutivos de un proceso de enunciación son: el **locutor**, el que enuncia; y el **alocutario**, aquel a quien se dirige el enunciado. Ambos se denominan indiferentemente **interlocutores**. A partir de aquí puede concebirse la organización de las formas lingüísticas indiciales de dos maneras, según se tomen como base categorías *gramaticales* o *semánticas*.

En el primer caso, se distinguirán los “pronombres personales” de la 1ª y la 2ª persona; los pronombres demostrativos; los adverbios y los adietivos que Bally llamaba “relativos” (*aquí, ahora, ayer, hoy*, etc.); los tiempos del verbo, organizados siempre en torno al “presente”, es decir, en torno al tiempo de la enunciación. Se agregarán ciertos verbos tomados en la primera persona del singular (*creo que...*, *deduzco que...*), los verbos *performativos* [384 y s.], es decir, los que en la primera persona del singular del presente efectúan por sí solos la acción que designan, por ejemplo, *prometo... juro...* etc.: este último grupo difiere del primero, en el cual la referencia de la palabra varía con el contexto; pero ambos nos dan informaciones sobre el proceso de enunciación. Tal es, asimismo, el caso de ciertos niveles de lengua, donde se observa la presencia de semas **valorativos** o **emotivos** (que implican un juicio o una actitud particular del sujeto de la enunciación). Los términos **modalizantes** como *quizá, ciertamente, sin duda*, suspenden la aserción del sujeto enunciante y así se vinculan a la enunciación. Por fin, las funciones sintácticas (sujeto-predicado) se refieren a la enunciación según modalidades diversas: todos los elementos que expresan la actitud del locutor respecto de aquello de que habla están ligados al predicado, nunca al sujeto. Si se sitúan términos valorativos en el sujeto, los interpretamos como citas, como los nombres anticipados de las expresiones correspondientes.

Los mismos problemas surgen cuando se parte de las categorías semánticas, que son de cuatro especies: la identidad de los interlocutores, el tiempo de la enunciación, su lugar y sus modalidades (o la relación entre los interlocutores y el enunciado). Nuestros pronombres *yo* y *tú* permiten únicamente identificar a los protagonistas de la enunciación; pero en ciertas lenguas del Asia oriental, se añaden indicaciones sobre la condición social de éstos o sobre sus relaciones mutuas. Las indicaciones de tiempo y lugar se organizan siempre a partir de la enunciación misma, es decir, de los adverbios *ahora* y *aquí*; pero muchos otros términos léxicos se refieren a ellas: un ejemplo es el verbo *venir*.

LOS CONCEPTOS DESCRIPTIVOS

El problema de la *referencia* [287 y ss.] está estrechamente ligado a la enunciación; como ya había observado Peirce, para que un signo pueda denotar debe pasar por el intermedio de un "índice". El problema de la *verdad*, subordinado al de la referencia, es igualmente inconcebible fuera de la enunciación: en sí mismo el enunciado no es verdadero ni falso; llega a serlo únicamente en el curso de una enunciación particular.

→ É. Benveniste, *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1971; Ch. Bally, "Les notions grammaticales d'absolu et de relatif", en *Essais sur le langage*, Paris, 1969, pp. 189-204; R. Jakobson, *Essais de linguistique générale*, Paris, 1963, pp. 176-196; A. W. Burks, "Icon, Index, Symbol", *Philosophy and Phenomenological Research*, 1949, pp. 673-689; Ch. Fillmore, "Deictic categories in the semantics of 'come'", *Foundations of Language*, 1966, pp. 219-227; J. R. Searle, *Speech Acts*, Cambridge, 1969; T. Todorov (ed.), *L'Énonciation* (Langages, 17, 1970).

El estudio de la enunciación se relaciona con dos ámbitos vecinos: el de la sociolingüística [79 y ss.] y el de la estilística [94 y s.].

Como acción particular, la enunciación es objeto de un estudio *total* del comportamiento en la sociedad y, más particularmente, de la *antropología lingüística* [82 y ss.]. Ésta toma de la enunciación varias de sus categorías fundamentales. Así, la oposición introducida por Austin entre fuerza ilocutoria y perlocutoria [384 y ss.]: significa oponer la estructura interna de una acción a los resultados determinados que provoca. La fuerza ilocutoria de una frase imperativa, por ejemplo, consiste en el hecho de que doy una orden a alguien; su fuerza perlocutoria, en el hecho de que la orden es cumplida. La antropología propiamente lingüística sólo retendrá en su campo de estudio la fuerza ilocutoria.

Otra relación es posible entre el modelo de la enunciación elaborado a partir de un análisis lingüístico y la descripción de los actos de habla, en el plano antropológico. Citaremos aquí el análisis lingüístico realizado por el lógico norteamericano J. R. Searle: "En primer término (esto es lo más importante), existe la dirección o el objetivo de la acción (por ejemplo, la diferencia entre aserción e interrogación); en segundo término, las posiciones relativas del locutor y del alocutario (la diferencia entre pedido y orden); en tercer término, el grado de compromiso asumido (la diferencia entre la simple expresión de intención y la promesa); en cuarto término, la diferencia en el contenido proposicional (la diferencia entre predicciones y comprobaciones); en quinto término, la diferencia en la manera en que la proposición se vincula con los intereses del locutor y el alocutario (la diferencia entre jactarse y quejarse, entre advertir y predecir); en sexto término, los estados psicológicos

expresados (la diferencia entre la promesa, expresión de intención, y la aserción, expresión de convicción); en séptimo lugar, las diferentes maneras en que un enunciado se relaciona con el resto de la conversación (la diferencia entre la simple respuesta a la réplica precedente y la objeción a lo que acaba de decirse).” Las oposiciones así discernidas pueden permitir la categorización de lo que constituye el objeto de la antropología lingüística.

→ J. L. Austin, *Quand dire c'est faire*, Paris, 1970; J. R. Searle, *Speech Acts*, Cambridge, 1969.

La enunciación siempre está presente, de una manera u otra, en el interior de un enunciado; *las diferentes formas de esta presencia*, así como los grados de su intensidad, permiten crear una *tipología de los discursos*. En ella se destacarán varias oposiciones, establecidas por los diferentes análisis estilísticos y basadas sobre categorías relativas a la enunciación.

1. Se opondrá ante todo un discurso *centrado en el locutor* a un discurso *organizado en torno al alocutario*. El buen sentido nos permite distinguir a un orador que “ignora a su público” (lo cual significa que el alocutario implícito en el discurso está moldeado a imagen del propio locutor) del que adapta su habla a los oyentes presentes ante él (en este caso el alocutario implícito es independiente del locutor). Esta intuición de todos los días puede explicitarse y precisarse. Luce Irigaray propone una tipología semejante de los discursos y demuestra que coincide, en cuanto a los locutores, con una tipología psicoanalítica: obsesionales e histéricos.

2. Se opondrá el discurso *explícito* (o autónomo) al discurso *implícito, de situación*. Esta distinción se encuentra en las Tesis del Círculo lingüístico de Praga: “Dos direcciones de gravitación: una en la cual el lenguaje es ‘de situación’, es decir, cuenta con elementos extralingüísticos de complemento (*lenguaje práctico*); otra, en la cual el lenguaje procura constituir un todo tan cerrado como sea posible, con tendencia a hacerse completo y preciso, a usar palabras-terminos y frases-juicios (*lenguaje teórico o de formulación*)”. Esta oposición puede retenerse, sin identificar forzosamente las dos tendencias con la conversación y el texto científico. Más recientemente, B. Uspenski se sirvió de una oposición semejante para establecer una tipología psicológica.

3. El discurso *pobre en indicaciones sobre su enunciación* se opone al que *se refiere a ella* constantemente. Freud distinguía, en el trabajo analítico, estos dos tipos de enunciados. Benveniste los estudia con los nombres respectivos de *historia* y de *discurso*. Esta oposición,

LOS CONCEPTOS DESCRIPTIVOS

como las precedentes, no compara cualidades puras, sino predominancias cuantitativas.

4. V. Voloshinov, lingüista y crítico literario soviético de la década del 20, había demostrado el funcionamiento de otra oposición discursiva en el interior de los textos literarios a propósito de la cita, es decir, del enunciado con enunciación reproducida. El enunciado citado y el enunciado que cita pueden entrar o no en continuidad: la lengua del narrador y la de los personajes son semejantes o diferentes. En el primer caso, uno u otro enunciado pueden sufrir transformaciones: el discurso del narrador se asimila. en Dostoievski, al habla de los personajes que presenta; por el contrario, en el estilo indirecto existe una tendencia a asemejar el enunciado citado al enunciado que cita. En el tercer caso, ninguna interpenetración puede observarse entre enunciado que cita y enunciado citado.

Todas estas oposiciones se integrarán en una teoría general de los estilos [344 y ss.].

Otra aplicación de las categorías de la enunciación en el análisis retórico y literario se refiere al problema de las visiones [369 y ss.]. El "narrador" de un texto no es, en efecto, otra cosa que un locutor imaginario, reconstituido a partir de los elementos verbales que se refieren a él.

→ L. Irigaray, "Approche d'une grammaire d'énonciation de l'hystérique et de l'obsessionnel", *Langages*, 5, 1967, pp. 99-109; B. A. Uspenski, "Personologicheskie problemy y lingvisticheskoy aspekte", en *Tezisi dobladov vo vtoroj letnej shkole po vtorichnym modelirujushchim sistemam*, Tartu, 1966, pp. 6-12; T. Todorov, "Freud sur l'énonciation", *Langages*, 17, 1970, pp. 34-41; V. Voloshinov, "K Istorii form vyskazyvaniya v konstrukcijakh jazyka", en *Readings in Russian Poetics*, Ann Arbor, 1962, pp. 67-98; M. Bakhtin, *La Poétique de Dostoïevski*, Paris, 1970.